

por el gobierno imperial, que sometió el país á la autoridad militar y hasta pensó en desmembrarlo en diferentes territorios dependientes directamente de la corona. El instinto de saña ciega impulsó al Austria hasta exigir con amenazas, en union con la Rusia, que la Turquía, que pocos meses antes, en abril, acababa de admitir por siete años el protectorado ruso en el tratado de Balta-Liman, le entregase los jefes de la revolucion húngara refugiados en territorio turco; pero la presencia de la escuadra inglesa en los Dardanelos y el apoyo de los embajadores de los países mas humanitarios y mas cultos, dieron al gobierno turco la energía necesaria para rechazar la exigencia de las dos potencias vecinas, que hubieron de contentarse con la simple internacion de los fugitivos.

CAPITULO II

LA ITALIA HASTA LA BATALLA DE NOVARA
EN 23 DE MARZO DE 1849

El dicho soberbio de Carlos Alberto: *L'Italia farà da se*, no se había cumplido, y no solamente por las victorias de las armas austriacas sino porque despues de la batalla de Custoza la paz con el extranjero solo sirvió para hacer lugar á guerras interiores.

La noticia del lamentable éxito de la guerra en el Norte de Italia había sido recibida en Nápoles con general indiferencia por el pueblo, con sentimiento por las contadas personas que eran sinceramente constitucionales y con júbilo por la corte y la reaccion. Estos sucesos dieron ánimo al rey para deshacerse del parlamento, suspendiéndolo indefinidamente, y para preparar á la rebelde Sicilia el mismo destino que la Lombardia había sufrido de Radetzky. En esta empresa podia contar el rey con las simpatías de los napolitanos, que nunca habían corrido bien con los sicilianos, los cuales deseosos siempre de constituirse en nacion independiente de Nápoles, á la sazón habían elegido rey de Sicilia en la sesion del día 11 de julio en el parlamento de Palermo á Alberto Amadeo, duque de Génova, hijo segundo de Carlos Alberto. Sin hacer el menor caso de los consejos de los representantes de Inglaterra y Francia, lord Napier y el conde de Rayneval, el rey de Nápoles hizo pasar su ejército á las órdenes de Filangieri, en 4 de setiembre, á la isla y el día 7 hizo su entrada en Messina, ciudad antes opulenta y entonces trasformada por un bombardeo de cinco dias en un monton de ruinas. Sicilianos y napolitanos peleaban con tanto furor y saña que fué menester la intervencion de los almirantes Parker y Baudin para hacer cesar las atrocidades que por ambos lados se cometian pisoteando todas las leyes de la guerra. Las nuevas tentativas de mediacion que hicieron los representantes de Francia é Inglaterra fueron ineficaces, porque lo mismo que en la Italia del Norte, cada una de estas potencias seguía en el Mediodía una política distinta. El gobierno inglés deseaba constituir la Sicilia en reino independiente con un rey elegido entre los príncipes de las dinastías reinantes en Italia, y el gobierno francés de ninguna manera quería consentirlo por el temor de que el nuevo reino fuese una dependencia de Inglaterra en el Mediterráneo, como lo era el Portugal en el Atlántico. Los sicilianos por su parte tampoco aceptaron las concesiones de constitucion propia y autonomía administrativa con que el rey les brindó, sin comprender que no aceptando lo perdian todo, atendido el triste estado de su ejército, mandado por el polaco Mieroslawsky, el francés Trobiant y un gran número de otros extranjeros. Como no disponían de un solo buque de guerra, la escuadra napolitana pudo echar en tierra el 2 de abril, cerca de Taormina, una fuerza respetable y preparar la

toma de la ciudad por el ejército terrestre, mandado por Filangieri. Este general pasó desde allí por mar con sus tropas á Catania y la tomó por asalto el día 6 de abril antes de que Mieroslawsky pudiera llegar á su socorro, por tener que dar por tierra un rodeo de quince leguas á causa del Etna que estaba además gravemente herido. El efecto que estos desastres causaron en Palermo fué terrible; el gobierno y el parlamento se disolvieron, los individuos mas comprometidos huyeron, y el 15 de agosto el general Filangieri hizo su entrada triunfal en la capital de la isla, siendo nombrado luego gobernador general de Sicilia y recompensado con los títulos de duque de Taormina y príncipe de Satriano. Las concesiones anteriormente ofrecidas á la isla quedaron anuladas, siendo infructuosos los esfuerzos del gobierno inglés para obtener alguna ventaja en favor de los sicilianos; pero el rey concedió una amnistía de la cual solamente cuarenta y cuatro personas quedaron excluidas, no hubo una sola ejecucion capital por motivos políticos, y en cambio de la soñada independencia y de la sumision á la dura ley del vencedor, ganó la isla la ventaja de una administracion económica bien ordenada, despues de haber sido desorganizada completamente por la revolucion en los diez y seis meses de su imperio.

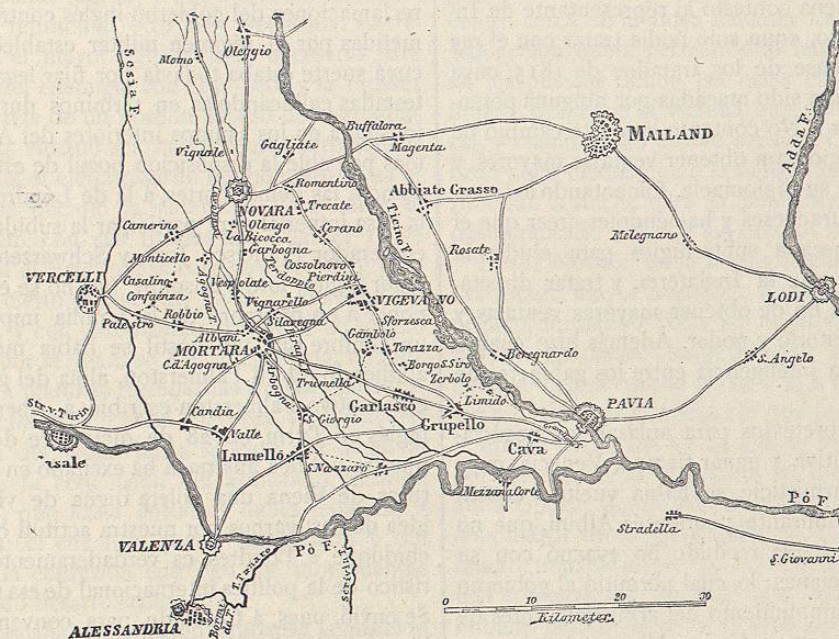
Pronto hubieron de notar los Estados del centro de Italia que con la derrota del Piemonte habían perdido su apoyo mas natural y mas robusto. En Parma gobernaba como autócrata el conde de Degenfeld-Schomburg, en ausencia del duque, que á la sazón estaba en Alemania. El pueblo de Módena recibió á los austriacos casi como libertadores, y la restauracion del duque Francisco V fué celebrada con júbilo. En el territorio toscano no pudieron entrar las tropas austriacas, porque el gran duque se valió de la mediacion de Inglaterra, que juntamente con la Francia exigió la evacuacion de Bolonia y de las Legaciones por las tropas austriacas. Estas, por lo demás, eran insuficientes para tener á raya al pueblo alborotado, el cual sin freno cometió atrocidades de toda clase, y tanto de los Estados de la Iglesia como de Toscana, que quedaron libres de los salvadores austriacos, se enseñoreó la democracia, que á cada concesion se hacia mas exigente.

Llegó entonces á tanto la soberbia demagógica que para dominar la insurreccion de Liorna, que estaba llena de fugitivos de la Lombardia, del Veneto y de los ducados de Parma y Módena, el gobierno tuvo que solicitar el auxilio de los mismos jefes de la democracia, Guerrazzi y Montanelli. Este último, que había vuelto recientemente de Austria, donde había estado prisionero, era catedrático, místico fantástico, y cristiano, segun decia, porque Cristo era el padre de la democracia. Los dos aprovecharon la sublevacion tan bien que el gran duque los llamó al ministerio á pesar de ser republicanos. Montanelli compuso un programa nacional nuevo, que prescindiendo de otro propuesto por su predecesor y apoyado por Gioberti, y que consistía en una federacion de los soberanos italianos presidida por el papa, pedia la reunion de una asamblea nacional italiana y constituyente sobre la base de una confederacion de los pueblos de Italia. Este proyecto fué olvidado mas pronto todavía que el anterior.

En Roma el ministerio, formado de personas laicas con excepcion del presidente, estaba bajo la inspiracion del conde de Rossi, el amigo de Luis Felipe y de Guizot. Rossi hizo grandes esfuerzos para introducir reformas prudentes y sacar la administracion papal de su derrotero teocrático y dirigirla á otro mas adecuado á las condiciones sociales modernas; pero este trabajo hercúleo le atrajo el odio de los partidos extremos sin darle el apoyo de una

clase media ilustrada, moderada y prudente, que no existía. Suspendió las sesiones del parlamento hasta el 15 de noviembre, con el plausible objeto de evitar manifestaciones belicosas con motivo de la entrada de los austriacos en Ferrara á las órdenes de Welden. Esta medida previsora fué atribuida por los demócratas á una secreta inteligencia con los austriacos, y Rossi calificado de traidor. A pesar de esta calumnia y del odio de los exaltados revolucionarios y á pesar de los avisos que Rossi recibió de que trataban de asesinarle, quiso ocupar su puesto cuando la reapertura del parlamento en 15 de noviembre; pero á la entrada del edificio recibió de mano alevesa una puñalada mortal. Su muerte abrió las puertas á la anarquía, hubo reyertas sangrientas entre el pueblo y la guardia suiza, y el papa, que no se atrevía á salir del Quirinal, dijo á los embajadores extranjeros reunidos en

su presencia: «Ya ven ustedes la situacion extrema en que nos hallamos, sin esperanza de resistencia. Para impedir mayores crímenes y hacer cesar la efusion de sangre, cedemos á la fuerza; pero sepan sus gobiernos que toda concesion de mi parte es nula y de ningun valor.» Habiéndose así él mismo relevado anticipadamente del cumplimiento de su palabra, nombró ministros á los demócratas Galletti, Mamiani y Sterbini; pero el verdadero poder soberano era la asociacion republicana llamada *Círculo popular*, fundada por el mismo Sterbini, que pidió y obtuvo el licenciamiento de la guardia suiza. Ocultamente solicitó el papa el auxilio de la Francia, pero entre tanto que este auxilio llegaba, podían suceder tantas cosas que creyó prudente huir del peligro á tiempo, y disfrazado de simple cura salió de Roma en el coche y en compañía del embajador bávaro el conde



Territorio comprendido entre Milán y Alejandría

de Spaur. Así llegó sin percance á Gaeta, á donde acudieron á la primera noticia el rey y la reina de Nápoles, que le instalaron en su palacio. «Así abandonó Pio IX,—escribió Farini,—su capital, cuyos habitantes sucesivamente le habían deificado, menospreciado y atacado en el corto espacio de diez y nueve meses (1).»

Apenas se vió el papa fuera de peligro, declaró solemnemente nulos y de ningun valor todos sus actos de gobierno desde el 16 de noviembre, por haber sido arrancados á la fuerza, y nombró una regencia durante su ausencia, bien que los agraciados declinaron prudentemente y muy agradecidos un honor tan peligroso, porque en Roma gobernaban los demócratas Sterbini, el príncipe de Canino, Carlos Bonaparte, y el ídolo del pueblo Ciceronacchio. El 12 de diciembre llegó Garibaldi. La cámara de los pares había quedado reducida á algunos miembros, y la de diputados amenazaba quedarse en igual estado; en su lugar, el gobierno provisional que desde la huida del papa se había nombrado, convocó una asamblea constituyente, y el papa, al saberlo, amenazó con la excomunion mayor á cuantos tomaran parte en las elecciones, de suerte que estas quedaron exclusivamente en manos de los demócratas. Apenas reunida esta asamblea declaró en 9 de febrero, casi por unanimidad, destronado el papa como soberano temporal,

proclamó desde el Capitolio solemnemente la república democrática y encargó el poder ejecutivo á un triunvirato. En otra sesion votó la division de los bienes de mano muerta y su arrendamiento por cuenta del Estado á los cultivadores pobres, y finalmente desligó á los frailes y á las monjas de sus votos.

No tardó el gran duque de Toscana en hacer compañía al papa en su destierro, porque si no tuvo contra sí el odio de su pueblo, se vió obligado á huir de los demócratas exaltados y alborotadores, que querían obligarle á convocar una asamblea constituyente para toda la Italia, mientras el papa le amenazaba con la excomunion si cedia. En tan peligrosa alternativa prefirió aguardar los sucesos en el puerto de San Stéfano para volver á su capital ó huir, segun las circunstancias. Había pedido el auxilio del Piemonte, y el gobierno de este país, siendo Gioberti presidente del ministerio constitucional, le envió efectivamente el auxilio pedido, ya para la conservacion del régimen constitucional, ya para evitar la ingerencia del Austria, pero cuando el gran duque vió que sus tropas se dispersaban á la primera arremetida de las bandas republicanas, no quiso aguardar el auxilio piemontés, que por lo demás nunca le había halagado, y huyó en 21 de febrero de 1849 á Gaeta.

La recaída del reino de Nápoles en el absolutismo y el triunfo de la república en la Italia central, quitaron al rey del Piemonte toda esperanza de socorro en la guerra contra

(1) Véase Reuchlin, tomo II, págs. 2 y 52.